

1

DIEZ MESES MÁS TARDE...

ROE

—¡Mieeerda! —gruñí al mirar el reloj. Otra vez tarde.

Todavía seguía limpiando la leche de fórmula que me había vomitado en la camisa cuando salí del ascensor. ¿Por qué se me había ocurrido ir de blanco ese día? Después de tres o cuatro horas de sueño intermitente, tenía suerte de poder estar en pie.

Gracias, cafetera exprés.

Kinsey me había mantenido despierta la mitad de la noche: le estaban saliendo más dientes, pero, con suerte, iban a ser los últimos en un tiempo.

Cuando había asumido la tutela de mi sobrina, había sido un sálvese quien pueda. Ese día estaba siendo horroroso y, encima, era lunes.

Ya solo podía mejorar, ¿verdad?

Ay, cuántas mentiras me contaba. Me reí solo de pensarlo.

Eran las ocho y cuarto cuando salí del ascensor a toda prisa y me dirigí a mi escritorio. Eché un vistazo al despacho de Matt al pasar por delante, pero no estaba.

Joder.

En cuanto llegué a mi cubículo, dejé el bolso en el suelo y encendí el ordenador.

—Ya veo que llegas tarde otra vez —dijo Matt a mi espalda.

Di un salto, lancé una maldición y me giré para mirar a mi jefe.

—Lo siento.

Él hizo un ademán con la mano.

—Ya sabes cuál es la rutina.

Asentí y le sonreí.

—¡Hoy mi comida será más corta!

Tenía un acuerdo dada mi situación: siempre que cumpliera con mis horas diarias, todo iba bien. Sin embargo, eso me obligaba a tener que trabajar durante el almuerzo bastante a menudo.

—Puede que después te pida que me traigas el almuerzo a mí.

Asentí y solté un suspiro de alivio. Quizá el día no fuese tan malo al final.

Ir a por el almuerzo de Matt no era un castigo, como creían muchos de la oficina. No me obligaba a trabajar de asistente ni nada parecido. De hecho, mi jefe era una de las pocas personas que sabía por qué llegaba tarde tantas veces, aunque, por lo general, fuesen solo unos minutos.

Al recoger su almuerzo, yo también compraba el mío, pero lo hacía usando las horas de trabajo, y no mi escaso tiempo para comer. Era un descanso en el que tenía que trabajar, de todas formas.

—Gracias.

Le dio unos golpecitos con la mano a la pared de mi cubículo.

—No te olvides de traer el proyecto de promoción para las redes hoy.

—Lo tendrás esta tarde.

Llevaba trabajando dos años en el departamento de marketing de Donovan Trading and Investment. Era una empresa genial, y la verdad era que me encantaba mi trabajo. También ayudaba que el propietario fuese amigo mío. Había conocido a James Donovan y a su mujer, Lizzie, unos años antes en la sala de urgencias; yo estaba con mi hermana, y ellos, con su hija, Bailey.

Habíamos iniciado una conversación que había desembocado en una gran amistad, una de las pocas que había sobrevivido a los diez últimos meses.

Nuestra amistad había sido el motivo de que me hubiera enterado del puesto vacante en el departamento de marketing. Aunque era la empresa de mi amigo, la única ayuda que había recibido había sido el enlace para presentar mi currículum.

Lizzie había sido mi ancla durante los primeros meses con Kinsey, ya que ella tenía en esos momentos un bebé de seis meses.

Le estaba eternamente agradecida por haberme ayudado a mantenerme cuerda.

Tenía el proyecto al noventa y cinco por ciento, y me pasé las horas siguientes revisándolo, perfeccionando mis ideas.

Al mediodía recibí un mensaje de Matt con su pedido y guardé mi trabajo antes de ir a ver a su asistente, January, para pedirle su tarjeta de crédito.

Cuando entré en el ascensor, di con el dedo en la pared al calcular mal la distancia.

—¡Ay! —grité.

Me miré el dedo corazón y la uña rota.

Mierda.

Agité la mano, esperando que así el dolor desapareciera pronto. Hacía casi un año que me había hecho la última manicura, y lo echaba de menos con desesperación.

Tras llevarle el almuerzo a Matt, volví a mi escritorio con mi propia comida en la mano.

No perdí el tiempo y me apresuré a engullir el sándwich cubano, que olía de maravilla, y ya iba por la mitad cuando un pegote de mostaza rebosó y se me cayó sobre la camisa.

—Joder —musité.

Traté de limpiarlo de inmediato, pero no hice más que restregármelo. Solté un gruñido de exasperación, tiré las servilletas y volví a coger el sándwich.

Cuando me comí los últimos bocados, fui al baño con la esperanza de poder quitarme la mancha amarilla de la camisa blanca. Un poco de agua fría, unas toallitas y dos minutos más tarde todavía seguía allí.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Por Dios Santo. —Se me escapó una risa que era mitad carcajada mitad sollozo, y resoplé antes de volver a intentarlo.

No iba a salir. Yo lo sabía, la mostaza lo sabía y mi camisa también lo sabía.

Me rendí y volví a mi mesa. Abrí el último cajón para sacar mi camisa de recambio y me lo encontré vacío. Gemí y me di de golpes con la cabeza en el escritorio.

La semana anterior había sucedido un desastre similar, había usado la de repuesto y, por lo visto, me había olvidado de llevar otra.

—Genial —murmuré, al tiempo que la aplicación de mi calendario lanzaba un pitido.

Apareció el recordatorio de un evento, y miré el reloj. Solo quedaban quince minutos para mi reunión de la una con Matt y Donte. Por suerte, solo me faltaba volver a leer mi discurso sobre las redes sociales.

Limpié el desastre antes de desconectar el portátil, coger el agua y marcharme al despacho de Matt. En cuanto entré, Donte me dedicó una sonrisa triste.

—¿Un día difícil?

Solté un quejido.

—Dime que todo será más sencillo en adelante.

Me dio unos golpecitos en el brazo.

—Lo será, ya verás. ¿Le están saliendo los dientes?

Asentí.

—Creo que he conseguido dormir dos horas seguidas y dar unas cuantas cabezadas.

Donte era otra de las pocas personas que sabían lo de Kinsey. No estaba yo guardando un secreto en sí, pero solo interactuaba con unos pocos compañeros del departamento. No sentía la necesidad de gritar que había tenido un bebé de repente.

Donte tenía dos niños también, así que lo entendía.

—Lo siento —dijo Matt cuando entró a toda prisa y tomó asiento—. ¿Qué tal os va el día a todos? —Me miró de arriba abajo, y después meneó la cabeza al ver la nueva mancha.

—Sí, así de bien —respondí con una risita. Porque, si no me reía, quizá llorara de agotamiento.

—Duerme esta noche un poco más —me ordenó Matt.

—¿Puedes decírselo a la de diez meses? Porque no parece estar de acuerdo.

Los dos hombres se rieron.

Matt dio unos golpecitos con los dedos sobre el escritorio.

—Vale. El jefe quiere que creamos algún material para el anuncio inicial de la adquisición de Worthington Exchange. Quiere

que sus clientes no se preocupen y que se entusiasmen con los cambios.

—¿Imprimir gráficos? ¿Anuncios? ¿De qué medios estamos hablando? —pregunté para tratar de hacerme una idea del alcance y al mismo tiempo para calmar la emoción que estaba embargándome.

—Todo.

Se me pusieron los ojos como platos.

—Eso es un trabajo enorme.

—Y por eso os lo estoy dando a los dos. Vais a pasarles un montón de vuestros anteriores proyectos a Liza y a Mateo. Os centraréis en esto.

Donte asintió.

—Suenan bien.

Matt volvió a dar golpecitos con los dedos en la mesa.

—Está bien, pones a ello. Roe me entregará la propuesta para las redes sociales y Donte el editorial antes de...

—Mañana por la tarde —respondió Donte.

—Excelente. Ya podéis marcharos —terminó Matt, ordenando que nos fuéramos con un gesto.

—Deberíamos reservar alguna sala de conferencias esta semana —dijo Dante en cuanto salimos para volver a nuestros escritorios.

Yo asentí.

—Sin falta.

Las salas de conferencias siempre parecían llenarse rápido, e íbamos a necesitar unas cuantas horas al día para poder hablar de todo sin molestar a la gente que trabajaba a nuestro alrededor.

—Ahora, a terminar la propuesta para las redes sociales y a averiguar qué información necesitaré enviar con los otros proyectos.

—¿Quieres que le dé un repaso a tu propuesta?

—¿Te importaría? La verdad es que te estaría muy agradecida.

—Volví a conectar mi portátil al enchufe y lo encendí—. Me he pasado las dos últimas semanas trabajando en ello, y me vendría muy bien otro par de ojos.

—Sin problemas. Solo es para los anuncios, ¿verdad?

Asentí.

—Facebook. Twitter. Instagram. —Entrecerré los ojos para mirar la pantalla. Algo no andaba bien. Había agrandado la fuente del titular antes, y estaba más pequeña. Fui hacia abajo, y también faltaban otras cuantas cosas que había cambiado.

Una oleada de pánico me recorrió el cuerpo, y el estómago se me encogió.

—No. No, no, no. —Abrí los ojos de par en par y me quedé sin aire. Lo había guardado antes de marcharme. Sabía que lo había hecho, pero estaba igual que cuando había llegado esa mañana—. Lo guardé antes del almuerzo, pero ¡han desaparecido todos los cambios!

—Cálmate —dijo Donte por encima de mi hombro—. Lo encontraremos.

—De verdad que voy a llorar si ha desaparecido —dije, al borde de las lágrimas, mientras me echaba hacia atrás para dejar que se acercara. Ni siquiera podía pensar con claridad, y estaba muy agradecida de que él tuviera la mente despejada.

Donte se cernió sobre mí y estudió un listado de archivos. Pasaron unos cuantos minutos antes de que pinchara sobre uno.

—Creo que lo he encontrado —afirmó.

El archivo se abrió, y yo solté un enorme suspiro cuando vi una actualización más reciente. Lo revisé y me di cuenta de que no estaba como lo había dejado antes de almorzar, pero se parecía más.

—Casi, pero mucho mejor que el anterior.

—Es un archivo enorme. Puede que lo cerraras antes de que acabaran de guardarse los cambios.

Aquello tenía sentido. Tenía prisa por salir a recoger el almuerzo.

—Entonces es culpa mía. —Lo miré y le sonreí con cansancio—. Muchas gracias.

—¿Es muy distinto al que guardaste? —preguntó, revisando el archivo conmigo.

Yo negué con la cabeza.

—No, pero sigue siendo una molestia, con el día que he pasado, y me va a retrasar todavía más.

—No pasará nada —dijo, antes de erguirse—. Respira varias veces con fuerza, toma un poco de café y ponte los auriculares para ahogarlo todo.

—Me parece una idea genial.

Él me sonrió.

—Ya era hora de que me lo reconocieras.

Solté una carcajada e hice un gesto de exasperación.

—Vale, eres un maestro.

—A eso me refería.

—Gracias de nuevo, Donte. De verdad.

—Para eso estamos.

Cuando se alejó, estudié la propuesta con más profundidad. Por suerte, no había perdido demasiado. Lo único bueno del día.

Hice unos cuantos cambios y no aparté la mirada de la pantalla hasta que sentí ganas de bostezar.

Hora del café.

Cuando llegué a la sala de descanso, lloriqueé al ver la jarra vacía que había sobre la placa. ¿Por qué no había hecho más la persona que se había tomado la última taza? Éramos todos adictos al café; tampoco iba a desperdiciarse.

Mientras preparaba otra tanda, se me escapó otro bostezo. Recé para poder dormir toda la noche.

Me apoyé sobre la encimera de la sala de descanso mientras veía cómo la jarra se llenaba poco a poco. El olor a café recién hecho me animó, porque pronto iba a tener una deliciosa taza en la mano que podía ayudarme a pasar las siguientes horas.

—¿Estás bien, Roe? —preguntó January.

Solté un suspiro y me giré hacia ella.

—Es el peor lunes del mundo. Por favor, dime que mejorará. Miente si tienes que hacerlo.

—Ay, cariño. —Desvió la mirada hacia mi camisa—. Mejorará. Quédate aquí. Ahora mismo vuelvo.

Antes de poder preguntarle o de pedirle que fuera a mi escritorio, ya había desaparecido.

Los párpados se me cayeron durante un segundo, pesados por la somnolencia vespertina que me sobrevino, aparte del can-

sancio que llevaba acumulado. Tras diez meses cuidando a mi sobrina, que todavía era bebé, debía haber convertido la falta perpetua de sueño en un arte, pero no. No había manera de acostumbrarse a funcionar con solo unas pocas horas interrumpidas de sueño. Tomé aire con fuerza y parpadeé varias veces para despertarme, al menos durante un momento.

Mientras seguía atontada, la cafetera dejó de gotear y me serví una taza. Olía divinamente, y saqué del frigorífico un cartón de una bebida fría preparada de café *mocha*. Me encantaba echarle un poco al café para que se enfriara más rápido y estuviera todavía más rico. Le di un sorbo y se me escapó un gemido.

Perfecto.

En mi estado de aturdimiento, no me di cuenta de que había alguien a mi espalda. Al girarme, le di con el codo a un brazo estirado. El golpe hizo que saltara el café de la taza. El líquido caliente y oscuro me salpicó la mano y la ropa que cubría a la persona que estaba detrás de mí.

Los ojos se me pusieron como platos y eché el cuerpo hacia atrás para no mancharme más. Me escocía la mano por la quemadura. Por suerte, la bebida de *mocha* había enfriado un poco el café.

—Ay, mierda. ¡Lo siento! —El momento de alivio que estaba teniendo en mi día de mierda se esfumó de repente.

—¡Maldita estúpida incompetente! —chilló él, cogiendo algunas servilletas de papel.

La boca se me abrió de par en par.

—Lo siento mucho —volví a disculparme, con el cerebro todavía en modo asunción de culpa, incluso aunque las palabras aún me chirriasen. También podía echarle la culpa, en parte, a lo bueno que estaba el tipo que se cernía sobre mí.

El hombre que tenía delante, de lengua viperina, era todo un portento. Ya lo había visto antes por ahí. ¿Quién no se habría dado cuenta de esa mandíbula perfilada, de esos ojos azules impresionantes, de ese pelo oscuro o de ese cuerpo perfecto embutido en un traje que debía de estar hecho a medida?

Quizá hasta hubiera aparecido en una o dos de mis fantasías...

El brillo de sus gemelos negros cada vez que movía las manos captó mi mirada. Me parecieron extraños y vulgares, en comparación con la personalidad que me estaba creando en mi cabeza.

—Sentirlo no lo soluciona —me gruñó.

Estaba furioso, y, por algún motivo, me pareció divertido. Pues claro, Don Demasiado Sexy Para Su Traje tenía mal carácter. Había sido un accidente. Si hubiera hecho algo tan sencillo como avisarme de su presencia a mi espalda, aquello no habría sucedido.

Aparte de su aspecto, solo sabía su nombre, pero nuestro encuentro me demostró que con eso me bastaba.

—Ha sido un accidente. Si alguien tiene la culpa, eres tú, por haberte acercado sin decir nada.

Le lanzó una mirada furibunda a la mancha de mi camisa y resopló.

—Eres incompetente. —Hizo una mueca de desprecio y se pasó una toallita húmeda por la camisa.

¿Incompetente?

La palabra se repitió en mi mente mientras lo observaba.

Había sido una jornada larga y llena de problemas, y tenía cicatrices de guerra en forma de mancha en mi camisa para demostrarlo.

Me palpitó la vena de la frente, y la rabia que había estado bullendo bajo toda mi frustración empezó a derramarse.

Era la guinda del pastel para un día de mierda. Una guinda que no quería. Ya llevaba encima leche de fórmula, mostaza y café.

Que le dieran por el culo.

Lo miré con los ojos entrecerrados antes de extender el brazo e inclinar mi taza para dejarle otra mancha oscura en el traje carísimo y a medida que le sentaba tan bien.

—Ups. —Sonreí, observando cómo el marrón se comía el blanco de su camisa antes de dirigirme hacia la puerta, donde estaba January con un quitamanchas en la mano y la mandíbula desencajada, tras haber presenciado lo que acababa de ocurrir. —Gracias —le dije al cogerle el quitamanchas, haciendo caso omiso de la mirada asesina que me estaba taladrando la nuca.

Quizá mi día no había mejorado, pero yo sí que me sentía mucho mejor después de aquello.

2

ROE

Sus palabras siguieron repitiéndose en mi mente mucho después de haber salido del trabajo aquel día. Aunque la noche pasó sin que la bebé dijera ni pío, no podía quitarme de encima los sentimientos que me había provocado ese hombre. ¿De verdad era yo la torpe, o él era un capullo?

Parecía que Kinsey estaba igual de cansada que yo. Después de cenar, se quedó dormida, al igual que yo.

Por la mañana me sentía renovada, y estaba decidida a pasar un día mejor que el anterior. Había podido terminar mi propuesta sobre las redes sociales, e iba a empezar la jornada distribuyendo proyectos antes de reunirme con Donte por la tarde.

Era un nuevo día, y estaba emocionada con mi siguiente trabajo.

Cuando llegué a mi mesa, me di cuenta de que pasaba algo malo: mi portátil no estaba. Todo lo demás se encontraba como lo había dejado, pero en lugar del portátil de mi empresa había una tarjeta de visita blanca y sencilla de Donovan Trading and Investment. En vez de la información del empleado, habían escrito a mano, en letra mayúscula y pulcra: «*ERES MÍA*».

Me quedé mirando aquellas palabras tratando de entender su significado.

Lo primero que tenía que hacer era averiguar adónde había ido a parar mi portátil. Solía llevármelo a casa, pero en esa ocasión no era el caso, porque sabía que no iba a poder terminar nada con el día de mierda que había tenido.

Llamé a la puerta de mi jefe y él levantó la mirada.

—Buenos días —me dijo, haciéndome un ademán para que pasara—. Un trabajo genial con esa propuesta.

Su cumplido no aplacó mis nervios en absoluto, que estaban a flor de piel.

—¿Dónde está mi ordenador?

Se quedó congelado y después se aclaró la garganta.

—Ah, sobre eso... Te han reubicado.

Me quedé perpleja.

—¿Reubicado? ¿Qué quiere decir eso? —exigí.

Él levantó las manos.

—Solo es temporal.

—¿Por qué?

Soltó un suspiro y se frotó la nuca. Me gustaba Matt, era un buen tipo para el que trabajar, pero había algo que no cuadraba.

—Porque ayer tuviste un mal día y cabreaste a un ejecutivo, y toda la oficina se ha enterado. Ya sabes cómo son los cotilleos.

La rabia en ebullición se convirtió en una piedra en la boca de mi estómago que con cada segundo que pasaba se hacía más grande y pesada. El muy cabrón era un ejecutivo. Ya me lo imaginaba, por su traje caro y su mueca sexy.

Me había comportado mal, pero el tipo no tenía por qué responder como lo había hecho. Los accidentes suceden, y él había tocado fibra sensible justo en el momento adecuado. No me arrepentía ni nada, pero sabía que lo que estaba pasando era un castigo.

—¿Cómo es posible? ¡Trabajo en marketing!

—Es el presidente de Adquisiciones. La absorción de Worthington es lo más importante. Necesita ayuda, y ha decidido que tú serás quien ocupe ese lugar.

—¿Y qué hay de mi propio proyecto Worthington?

—Donte se encargará de él, y tú lo ayudarás. Lo he organizado de manera que puedas seguir trabajando en él mientras ayudas a Carthwright.

Vaya.

La rabia me reconcomía. Había trabajado tanto para llegar hasta donde estaba... El prestigio de un proyecto así iba a ser de gran ayuda para mi carrera, pero, en ese momento, el crédito que esperaba llevarme yo podía no llegar y afectar a mis evaluaciones y a mis aumentos de sueldo en los años venideros.

Todo por un par de gotas de café.

Y después un montón más cuando esa sugerente boca empezó a insultarme.

—Te está esperando.

Negué con la cabeza.

—No voy a convertirme en la recadera de un gilipollas como castigo por un accidente.

Se quedó mirándome con una ceja alzada, y yo puse los ojos en blanco a modo de respuesta.

—Por favor, Roe. Te prometo que es temporal. Todo volverá a la normalidad en nada.

—No —respondí, todavía meneando la cabeza.

—El problema solo tiene otra solución, y sé que, con tu situación, no querrás aceptarla.

Había pinchado en hueso. De ninguna manera iba a dejar mi trabajo. Cuidar a Kinsey había dilapidado gran parte de mis ahorros el último año. Aunque recibía ayuda del Estado y ella tenía seguro médico público, que Pete no estuviera ya para pagar la otra mitad del alquiler se me hacía cuesta arriba.

Eso y que los bebés eran caros.

Igual que la ropa bonita de bebé.

—No puedo creerme que esté pasando esto.

—Volverás en nada y podrás unirte a Donte de inmediato.

—Esto no es justo.

—Tú, más que muchos, sabes que la vida raras veces es justa.

Asentí. Yo me lo había guisado y yo me lo iba a comer, aunque sin ganas.

Volví a mi mesa y cogí mi bolso. Si necesitaba algo más, siempre podía volver, pero por el momento iba a ir a reunirme con el gilipollas que me estaba destrozando la vida.

Solté un suspiro para tratar de calmarme.

Has sido tú quien se ha puesto en esta situación, me recordé. Solo yo tenía la culpa de mis acciones, pero seguía sin creerme que ese tipo hubiera llevado las cosas tan lejos.

Podía sentir la tensión en los músculos de mi cara por la mueca de disgusto que estaba haciendo. La verdad era que nunca había

entrado en esa parte del edificio. No había la necesidad, lo cual explicaba probablemente que lo hubiera visto en muy pocas ocasiones. Pero, claro, Donovan Trading and Investment ocupaba tres plantas, y yo solo había visto dos porque siempre estaba en mi escritorio.

El portátil estaba colocado sobre la mesa que había justo al salir de su despacho. Junto a él había dos monitores, uno conectado al ordenador de su asistente, supuse. Quizá tuviese más tiempo del que creía si había tenido la previsión de colocar una segunda estación de trabajo.

Aunque, claro, Matt había dicho que había conseguido que Cartwright me dejara trabajar también en lo mío. Iba a ir lenta, pero al menos podía olvidarme de dónde estaba en algún momento del día.

—Pase —anunció una voz grave y sosegada desde la puerta que había a mi espalda.

Inspiré y espiré con fuerza antes de darme la vuelta y entrar, abriendo y cerrando los puños a cada paso que daba. Pasos que flaquearon cuando mi mirada se cruzó con la suya.

Sabía que era guapo, pero al verlo de cerca y echarle el primer vistazo auténtico me quedé impresionada. Superaba con creces la versión fantasiosa que me había creado en mi cabeza. No recordaba que fuera tan atractivo como para dejarte sin habla. La mirada amenazadora que me estaba lanzando no hacía más que intensificar el azul de sus ojos y los ángulos de su cara. Llevaba el pelo, oscuro y muy corto en las sienes y más largo arriba, peinado hacia atrás a la perfección.

—Señorita Pierce —dijo Cartwright cuando me detuve a poca distancia del borde de su escritorio.

—Roe —repliqué, cruzándome de brazos y ladeando la cadera al cambiar el peso de pie, movimiento que no le pasó desapercibido.

Me miró a los ojos.

—Soy muy consciente de su nombre completo. ¿Sabe quién soy?

—El trajeado con el que me choqué *por accidente* y sobre el que derramé un poco de café.

—¿Algo más?

—Carthwright. —*El Gilipolliano*. Me reí para mis adentros.

Él se reclinó en su silla y me estudió con la mirada.

—Soy el presidente de Adquisiciones. ¿Sabe lo que eso significa?

Suspiré y volví a cambiar el peso de pie, ladeando la otra cadera. Lo que más odiaba era que me hablasen como si fuese estúpida.

—Está trabajando en la absorción de Worthington.

—Era un traje caro.

—¿Era? —Arqueé una ceja—. ¿Lo he mancillado y ha tenido que ponerle fin a su vida?

Sus ojos de «Fóllame» volvieron a taladrarme, pero me di cuenta de que alzaba levemente la comisura de los labios. Esos labios llenos, hechos para besar.

«¡Contrólate, Roel!».

—Peleona. Sí, puedo trabajar con eso.

¿Peleona?

No estaba segura de a qué estaba jugando, pero nunca me había irritado nadie con tanta rapidez y facilidad. Sabía muy bien que no debía fiarme de las primeras impresiones. También sabía muy bien que no se podía confiar en nadie. ¿Y Thane Carthwright? Bueno, era evidente que sí que era «alguien».

Le sacaba más de una cabeza a mi poco más de metro y medio.

—¿Qué hago aquí? —le pregunté para tratar de redirigir mis pensamientos a algo que no fuese el dios que tenía delante de mí.

¿Por qué tenía que ser él?

Hizo caso omiso a mi pregunta y continuó.

—Ahora es mía. Está por debajo de mí, y va a seguir estándolo hasta que esté satisfecho —dijo con una sonrisita y en tono relajado y seguro.

Sus palabras, en combinación con la forma en la que me estaba mirando, encendieron un interruptor que no se había pulsado en mucho tiempo, y me puse colorada.

El cosquilleo no hizo más que aumentar bajo su escrutinio. El traje azul oscuro que llevaba puesto resaltaba más sus ojos, y más con los gemelos de color azul intenso.

Se había afeitado el día anterior, pero ya le asomaba una fina capa de barba. No afectaba para nada a su atractivo, y de verdad que necesitaba algo que me distrajera de todo aquello.

¿Qué demonios?

—Ahora soy su jefe. Me escuchará y hará lo que le diga. —No apartó su mirada de la mía, y yo tragué saliva con dificultad—. Su futuro está en mis manos.

Apreté la mandíbula, enfurecida porque tuviera la última palabra. Su actitud me fastidiaba, y sabía que iba a tener que dejar a la afable Roe en la puerta para poder tratar con el gilipollas que tenía delante de mí.

—¿Dónde está su asistente? —pregunté, tratando de recuperar la compostura que había perdido. No iba a pisotearme.

Hizo una mueca con la boca.

—Mi asistente ha decidido que un bebé era más importante que su trabajo, y ya no está.

Di gracias a Dios por ese jarro de agua fría, porque con solo una frase me había curado milagrosamente de lo que fuera que me había provocado.

—¿Está enfurruñado porque está de baja por maternidad? —le pedí que me aclarara.

—Durante nueve semanas más —refunfuñó.

Estaba teniendo problemas con mi paciencia y con mi lengua.

—La mujer debe recuperarse y crear un vínculo con su bebé —aduje, incapaz de reprimir el tono de enfado.

Otra cosa que no le pasó desapercibida a él, y arqueó las cejas. Él me había llamado peleona, y yo iba a demostrarle hasta qué punto lo era.

—Podía haberlo dejado en tres semanas, y usted no estaría de pie delante de mí.

Se me pusieron los ojos como platos cuando sus palabras dieron justo en el clavo. Solo me había tomado tres semanas con Kinsey cuando la había recibido al principio, y sabía que no era suficiente tiempo.

—Guau, y yo que creía que no podía disgustarme más.

—No me importa si le gusta o no. Es mía hasta que ella vuelva, así que haga bien su trabajo.

—¿Y de qué se trata, exactamente?

—En primer lugar, de dejar de mirarme furiosa.

Se me escapó una carcajada abrupta.

—Eso va a ser difícil.

Él entrecerró los ojos, pero no me hizo caso.

—Su trabajo consiste en que el mío vaya bien. Y empezará respondiendo al teléfono al segundo toque y rellenándome la taza de café cuando la tenga vacía. En su escritorio hay una carpeta con toda la información que necesita. Como ya está familiarizada con la empresa y los programas, aquí no habrá curva de aprendizaje. Hágalo bien.

El día anterior me había llamado incompetente, y ese me demostraba que el tiempo no había hecho mejorar su opinión sobre mí. Supe que daba igual que pasaran veinticuatro horas, o días o meses: no iba a cambiar. Thane Carthwright era un completo imbécil.

Un imbécil que creía que era inepta y que no estaba cualificada para ningún trabajo.

La decisión que yo debía tomar estribaba en si debía dejar que continuara creyéndolo o si iba a darle una patada en su maldito culo.

Tal vez consiguiera las dos.

—Sí, señor —dije como un robot, y me giré para marcharme.

—Ah, y, por cierto, tendrá que ponerse chaqueta.

Me detuve y me di la vuelta de repente.

—¿Por qué?

—Porque el cargo lo requiere.

—¿Significa eso que, si no lo hago, me despedirá y volveré a mi verdadero trabajo?

Apretó la mandíbula y sus labios formaron una fina línea.

—No.

—¿Vas a comprarme usted las chaquetas? —pregunté.

—No.

Le sonreí.

—Entonces, no, no me la pondré.

Volví a darme la vuelta y seguí camino a la puerta.

Suspiré mientras le echaba al escritorio una mirada de disgusto; me senté y abrí la carpeta.

Desde luego, había llegado al infierno.

El teléfono no tardó mucho en sonar, pero no le presté demasiada atención. Todavía seguía leyendo los documentos sumamente aburridos de la carpeta. Daba tantos rodeos que no me extrañaba que no le duraran las empleadas temporales. Me estaba costando descifrarlo, y llevaba trabajando años para esa empresa.

—¡Conteste al teléfono! —gritó Carthwright.

Resoplé de disgusto antes de cogerlo.

—Despacho de Carthwright.

—Ah, hola, ¿está Crystal ahí? —preguntó una voz de mujer. Parecía un poco mayor, así que tuve la sensación de que no se trataba de una amante. Seguro que tenía a una docena de esas escondidas.

—Va a estar ausente durante algún tiempo. ¿Puedo ayudarla?

—Lo siento, claro; estoy llamando a Thane.

—Espere un momento, por favor.

—¿Quién es? —preguntó Carthwright a mi espalda, haciendo que pegara un salto.

Le lancé una mirada fulminante.

—Una mujer.

—¿Una mujer? —Apretó la mandíbula—. En primer lugar, tiene que responder al teléfono al segundo toque. En segundo lugar, tiene que decir «Despacho de Thane Carthwright, ¿en qué puedo ayudarle?» En tercer lugar, tiene que preguntar quién está llamando antes de pasármelo.

Le regalé la sonrisa más falsa que pude esgrimir.

—Sí, señor.

Después, puse los ojos en blanco.

Nos fulminamos con la mirada durante más de un minuto antes de que gruñera algo y se alejara.

El alivio temporal que sentí al ver su actitud no duró demasiado, porque solo me dio tiempo a pasar unas cuantas hojas de la carpeta cuando vino a contraatacar.

Hacer fotocopias, café, archivar, organizar su agenda, ir a por su almuerzo. Era media tarde cuando tuve dos segundos para entrar en mi portátil y comprobar mi correo electrónico.

El primero hizo que me hirviera la sangre.

«Para: *Pierce, Roe*

De: *Carthwright, Thane*

Asunto: *Obligaciones*

Señorita Pierce:

Puede que mis órdenes no hayan sido claras, así que voy a perder mi valioso tiempo en escribírselas. Por favor, demuéstreme que es más competente siguiendo instrucciones que interactuando con sus superiores.

Organizar mi agenda. También incluye los almuerzos a mediodía y los descansos entre reuniones. Mi día tiene que fluir sin trabas.

Café. Mi taza tiene que estar llena durante todo el día.

Responder al teléfono después de dos toques, y, le recuerdo, debe decir: “Despacho de Thane Carthwright, ¿en qué puedo ayudarle?”. Después, averiguar sin falta quién está al otro lado de la línea e informarme para que yo pueda aceptar o rechazar la llamada.

Traerme el almuerzo. Le enviaré mi pedido por correo, para que pueda hacerlo y recogerlo después. Espero tener mi comida a mediodía, todos los días.

Cualesquiera otras funciones que pueda necesitar: hacer fotocopias, archivar, etc.

Si no le queda claro alguno de los puntos o tiene alguna duda, venga a preguntarme.

Thane Carthwright

Presidente de Adquisiciones

Donovan Trading and Investment».

Con mis superiores, y una mierda.

Quizá fuese mi supervisor temporal, pero no era superior a mí.

La rabia me reconcomía y, antes de darme cuenta, había hecho añicos una hoja de la carpeta. *Joder.*

Debí haber prestado más atención en la sala de descanso, pero él también debió haberlo hecho. Me había disculpado y, aun así, seguía castigándome por ello.

El asunto del siguiente correo me hizo sonreír.

«Para: *Pierce, Roe*

De: *Arnold, Donte*

Asunto: *En los brazos de Hades*

Perséfone:

Rezaré por ti.

Sigo aquí, esperando el retorno de la primavera. Esperando el fin de tu cautiverio.

Ten fuerza.

Donte Arnold

Gestor de Marketing

Donovan Trading and Investment».

No pude evitar reírme, algo que necesitaba con desesperación. Le respondí de inmediato, agradecida por tener un momento que no estuviera lleno de animosidad e irritación.

«Para: *Arnold, Donte*

De: *Pierce, Roe*

Asunto: *La oscuridad me envuelve*

La oscuridad que me atrapa no tiene fin. Ansío el momento en que pueda quedar libre de la fría mirada de Hades.

P. D.: Es guapo. Quizá podamos colocarlo en alguno de los materiales promocionales o en el anuncio.

P. D. 2: Gracias, necesitaba un descanso.

*Roe Pierce
Gestora de Marketing
Donovan Trading and Investment».*

No pasó ni un momento antes de que apareciera otro correo en mi pantalla.

*«Para: Pierce, Roe
De: Arnold, Donte
Asunto: Re: La oscuridad me envuelve*

Para eso estamos.

*Donte Arnold
Gestor de Marketing
Donovan Trading and Investment».*

—¿Algo divertido? —inquirió una voz a mi espalda.

Tuve que morderme la lengua para no contestar «Tu cara», porque era algo infantil, totalmente incierto y, además, yo estaba muy por encima de eso. Me daba mucha rabia que fuera así.

¿Mi reacción a su cara? ¿Ese hormigueo entre los muslos cada vez que me miraba con el ceño fruncido? Me habría gustado que me divirtiera en vez de ponerme cachonda y hacerme sentir frustrada.

—¿Qué necesita? —pregunté, incapaz de reprimir el enfado o ese estúpido hormigueo que él me provocaba.

Su mirada me recorrió el cuerpo y volvió a subir. Estaba reclinada en la silla, con una pierna cruzada por encima de la otra.

Con semejante escrutinio esperaba más que el desinterés apático que me mostraron sus ojos. Supongo que no le gustó lo que vio. Vale, pues bueno.

—Le he enviado un contrato por correo. Necesito que haga quince copias, las organice y las grape.

—Claro —contesté con una mueca.

No tardé mucho, sobre todo, porque ya sabía cómo funcionaba la enorme máquina y cómo conectarme a ella. Esa bestia lo hizo todo, y lo único que tuve que hacer yo fue enviar el archivo y seleccionar cómo quería que se imprimiese.

¿Lo sabía Crystal? ¿O lo utilizaba como excusa contra ese capullo arrogante?

Pero, claro, siempre había que tener en cuenta el viejo consejo: «Nunca dejes que sepan cuánto te cuesta hacerlo, porque te pedirán que lo hagas en la mitad de tiempo».

Quizá no fuera tan viejo, pero se lo había escuchado decir a mis amigos que trabajaban de asistentes.

Si todavía podía seguir llamándolos «amigos». Había sido a mí a quien habían echado del grupo cuando Pete y yo habíamos roto.

Pude revisar mis correos y leer algo más de la carpeta del infierno antes de que transcurriera media hora y me dirigiera hacia la sala que albergaba a la bestia.

—Hola, Sam —saludé al entrar.

Sam era el ayudante de las fotocopias. Era un chico joven, tal vez de unos veinte años, y tímido, pero parecía encantarle lo que hacía. Había pillado a varios chicos de la oficina burlándose de su autismo, y yo me había encargado de darles su merecido. Algunos gilipollas se sentían bien menospreciando a los demás para que sus frágiles egos se encontraran mejor.

—Ah, hola, Roe —respondió, levantándose. Se acercó a una pila de papeles con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo en el despacho de Thane Carthwright?

Suspiré.

—Cumpliendo penitencia.

Se giró a mirarme, con expresión preocupada.

—¿Qué?

Negué con la cabeza.

—Su asistente no está y necesitaba a alguien de dentro de la empresa. Yo he sido la afortunada.

Él sonrió y asintió.

—Tú eres la mejor. —Me entregó el montón de papeles, sin haber captado mi sarcasmo—. Terminado.

—Muchísimas gracias —le dije con una sonrisa—. Que tengas un buen día.

Se despidió con la mano antes de que saliera.

—Adiós, Roe.

Miré mi escritorio con anhelo, solté un gemido y saludé a algunos de mis compañeros de cubículo durante el camino de regreso al despacho de Carthwright.

No estaba al teléfono cuando llegué, así que entré directamente.

—Sus copias —le dije, colocándolas sobre el escritorio.

Casi ni me miró.

—Necesito que las destruya. Había un error. Tendrá que volver a hacerlo todo con el archivo actualizado que le he enviado. Después, tiene que recoger mi ropa de la tintorería que hay abajo.

¿Su ropa? ¿Lo decía en serio?

Espiré con lentitud antes de decir algo que pudiera echar a perder mi carrera.

—Necesito preguntarle una cosa.

—¿Qué? —Seguía sin molestarse en mirarme, lo que me irritaba todavía más.

—¿Toda esta mierda es porque le derramé café encima? —inquirí.

Se reclinó en su silla y al fin me miró.

—Si eso fuera todo, no me habría molestado. No soy un monstruo, pero consigo lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quiere? —volví a preguntar, colocando las manos sobre su escritorio.

Su mirada me recorrió de arriba abajo. Fue un movimiento sutil, pero me di cuenta y, por desgracia, también lo hizo cada milímetro de mi piel, que se encendió.

—Enseñarle algo de respeto hacia sus superiores.

—Ah, tengo respeto, pero por usted, poco.

Endureció la mirada.

—Ni siquiera me conoce.

—Me ha demostrado con creces el tipo de hombre que es.

Recogí la pila de papeles inservible de su escritorio y los lancé al aire. Cayeron volando sobre nosotros y ninguno de los dos apartó la mirada. Apoyé las manos de nuevo en su escritorio y me eché hacia él. Él se levantó, copió mi postura, y nuestras caras quedaron tan solo a unos centímetros de distancia.

—Ya veo que va a ser divertido —dijo, levantando una esquina de la boca para hacer una mueca.

—¡Ja! Y yo que pensaba que era listo.

Me golpeó un aroma delicioso al respirar. No habíamos estado tan cerca desde que le había tirado el café encima. Especias, con un toque de pomelo y almizcle. Inspiré con más fuerza y casi gemí de placer. Ostras, cómo olía ese hombre. No podía ni imaginarme lo que podía ser tenerlo más cerca.

El calor que se estaba extendiendo por todo mi cuerpo acabó con el triunfo y la euforia que sentía. Una mínima elevación de sus labios, y supe que me había pillado.

Se irguió, y de nuevo fui consciente de la altura que me sacaba.

Seguro que podría levantarme con facilidad y...

No.

Tenía que acallar aquellos pensamientos. Habían estado colándose en mi cabeza todos los días, y su colonia no había hecho más que empeorarlo todo. Lo hacía más tentador.

Pero, claro, estaba tan bueno, y yo llevaba más de un año sin que me tocara nadie... Así que un polvo por odio me parecía muy buena idea.

Librarme de toda mi rabia y mi frustración acumuladas, no tener que pensar, solo sentir. Perder el control durante una hora y después volver a ser Roe.

Contra la pared. Con una mano apretándome el cuello con suavidad y con la otra en el culo mientras sus caderas martilleaban contra mí.

—¿Está escuchándome?

¿Qué?

Parpadeé y volví a centrarme en él.

Putá... mierda.

Me había perdido por completo en una fantasía con el diablo arrogante y no le había hecho ni caso.

—¿Debería hacerlo? —pregunté, tratando de ocultar mi meditación de pata.

—¿Acaba de quedarse absorta? —inquirió.

—Sí.

No tenía sentido mentir. Estaba segura de que había quedado claro que mi mente se había ido a otra parte.

Frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Está puesta de algo?

Negué con la cabeza. Estaba puesta de lo bueno que estaba.

Para, Roe. Para antes de que digas o hagas algo de lo que te arrepentirás.

—Estaba imaginándome una fantasía.

—¿Una fantasía? —Eso lo espabiló, y una sonrisa diabólica apareció en su cara—. ¿Le importaría compartirla con la clase?

—Estaban usted y un rollo de cinta americana sobre esa boca suya.

—¿Estoy desnudo?

—Eso parece.

Un gemido de satisfacción le salió del pecho.

—Entonces, la cuestión más importante en esa fantasía tuya es si tú también estás desnuda.

El calor me inundó la cara, y parpadeé varias veces. Aparté la mirada, incapaz de soportar su escrutinio.

—Interesante.

Con una sola palabra, me hizo volver a apretar la mandíbula y mirarlo de nuevo con furia.

—Que te den. No quiero nada de ti. Quién sabe qué enfermedades habrás pillado.

Mi conducta era algo infantil, pero me ponía de los nervios y me había hecho perder la capacidad de pensar, lo que me había obligado a decir tonterías.

—Ninguna. El mes pasado me hice un chequeo y estoy totalmente sano. ¿Puedes decir tú lo mismo? —preguntó, sonriendo, ladino.

La cara se me puso colorada de nuevo y, probablemente, tenía el mismo color que el tomate de la ensalada que había almorzado. Esa fantasía fea, asquerosa obscena, excitante y que hacía que se me mojaran las bragas estaba empezando a despertarse de nuevo solo con imaginarlo desnudo encima de mí.

¿De dónde demonios venía todo aquello? Solo había tenido relaciones con condón, pero el saber que estaba limpio y que yo tomaba la píldora había encendido algo en mi interior.

—No necesitas saber nada sobre mi salud ni mi vida sexual, pero no hagas trabajar a tu bonita cabecita: a lo único que he dado positivo es al odio visceral que siento contra ti.

La única reacción que provoqué con mi comentario hiriente fue que se mojara los labios con la lengua. Sabía que me había afectado de una manera que yo ni esperaba ni quería.

—¿Estabas pensando en estar desnuda conmigo? ¿Pensando en mi polla?

—Cerdo arrogante —gruñí antes de darme la vuelta y largarme de allí.

—Señorita Pierce, ¿no se olvida de algo? —Su tono era ligero, pero seguía teniendo ese matiz autoritario y petulante.

—Recójalo usted mismo.

De ninguna manera iba a volver a acercarme tanto a él.